

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

Carmen González Rodríguez, 80 años

Raquel Solís Ceballos, 22 años

RECUERDOS DE GUINEA

Carmina no sabía lo que le esperaba. Un mes después de casarse salía por primera vez de Asturias rumbo a la antigua colonia española. Allí residiría durante ocho años. Años llenos de momentos buenos y malos imposibles de condensar con totalidad en un artículo, que han dejado en Carmina la espinita de volver a pasear por aquellos lugares.

Ciano, el marido de Carmina, trabajaba de carpintero. Le ofrecieron un trabajo en la isla de Fernando Poo (Guinea ecuatorial) durante dos años prorrogables y Carmina no dudó en marcharse con él, dejando todo atrás en 1958 para empezar de cero en otro continente.

Allí, Carmina se quedaba en la vivienda proporcionada en San Carlos, actual Luba, de ama de casa. Sin embargo, era tal la mezcla de curiosidad y temor que sentía, que nuestra protagonista se pasaba las horas mirando por la ventana aquel mundo diferente lleno de novedades. La excusa posterior para no tener hecha la comida era la falta de tiempo; y por ello decidieron contratar a un ayudante, un boy. Pelayo era un boy de unos 10-11 años a quien Carmina llegó a considerar como un hijo. Le narraba historias de su tocayo, el primer rey asturiano, y Covadonga, a lo que Pelayo atendía con la máxima curiosidad.

Entonces nació Juan Carlos en un hospital sin puertas ni luz eléctrica, con un practicante al que le gustaba demasiado el vino (era de dominio público que a partir de las siete de la tarde no se podía confiar en sus reflejos) y una monja-comadrona cuya visión se había ido deteriorando progresivamente con el paso de los años. El niño se crió allí cinco años cuidado por Carmina y Pelayo hasta que tuvieron que llevarlo a España para que le operasen de estrabismo. Mientras, Pelayo iba por la casa los fines de semana, ya que tenía que ir a Santa Isabel, actual Malabo, entre semana para continuar con sus estudios.

Los dos años pronto se alargaron a ocho, aunque con visitas esporádicas a España. Los viajes en barco eran una odisea. Carmina los recuerda con pavor, ya que pasó por un incendio, casi un naufragio por el mal estado del barco 'Isla de Tenerife' y sufrió los vaivenes del apodado el 'Lola Flores' por su contoneo al navegar.

Carmina dio a luz a su segunda hija, Carmen, que nació enferma y murió al poco, justo el día antes de que la trajesen a España para intentar salvarla. Esa mañana Pelayo fue a visitar a su missy, Carmina, y se encontró a la niña en el interior del ataúd. Sin decir palabra dio media vuelta y salió corriendo de la casa. No lo volvieron a ver por allí. ¿Superstición? Nunca lo supieron. Durante el funeral, multitudinario, los guineanos no pararon de cantar y dispusieron por todo el camino botes con vino y reales. Ciano se emocionó. Carmina no tuvo fuerzas para asistir.

Al tiempo de estar en San Carlos, Carmina comenzó a ejercer de practicante voluntariamente; todo lo relacionado con la medicina y la enfermería ha sido siempre su gran pasión. Además, el médico tenía que alternar 15 días en un pueblo y 15 en otro, y el practicante disponible, negro, no podía tratar a mujeres blancas. Rememora con orgullo la cantidad de inyecciones que ponía a negros y blancos, y las curas que realizaba. En una ocasión estuvo curando durante dos meses una herida a un bracero que no cicatrizaba. Posteriormente le dijeron que era lepra: "Y yo sin guantes ni nada, hija".

Una de las cosas que recuerda Carmina con más cariño son los paseos que daba con Ciano viendo los tiburones y las tortugas, a pesar de los mosquitos. Y las fiestas en las casas con garrafas de vino y tortillas de patata incluidas.



Recordar, compartir, aprender

El miedo siempre estuvo presente durante el tiempo que pasó allí. Miedo a quedarse sola en casa cuando Ciano tardaba, lo que le llevaba a atrancar la puerta con todos los muebles disponibles en el salón; miedo a los viajes en barco; incluso miedo a los negros: “Eran tan diferentes...”. Carmina nunca tuvo problemas con nadie, sólo se le enciende la sangre cuando se acuerda de los malos tratos a los boys por parte de algún blanco. La única vez que temieron por su vida fue cuando un nativo se volvió loco y acuchilló a una blanca de la zona. Todos los españoles se atrincheraron en una casa esperando a que pasase el revuelo con la esperanza de que nadie más hubiera resultado herido.

En 1966 decidieron volver a España. Por un lado, Juan Carlos estaba allí al cuidado de su tía y tenían ganas de estar con él; por otro, la independencia de Guinea Ecuatorial estaba próxima, sería en 1968, y no era conveniente quedarse mucho más. Su viaje de vuelta transcurrió sin contratiempos, pero los que decidieron volver más tarde no tuvieron tanta suerte.

Décadas más tarde sonó el teléfono: “Hola Carmina”. ¡Pelayín! Carmina no se lo creía, pero era cierto. Pelayo estaba viviendo en Barcelona y había estado intentando contactar con su missy mucho tiempo. Hoy en día la relación es fluida tanto con Carmina y Juan Carlos como con los otros dos hijos de Carmina nacidos en España, Francisco y Carmen. La gente se sorprende y se sonríe cuando Pelayo se dirige a ella en cualquier sitio como “su madre”. Con motivo de la boda de Francisco, Pelayo fue presentado al resto de la familia. “¿Y éste quién es, tan negro?”, pregunta a la que Carmina, con sorna, respondía: “Ya sabes que Ciano estuvo unos años en Guinea...”.

Volver a Guinea ha estado en mente de Carmina prácticamente desde que regresó a España. Es consciente de que todo estará cambiado, que puede que no reconozca nada, pero aún así le gustaría volver allí, volver a los lugares donde pasó tantos ratos con amigos, con su marido, hoy fallecido, con su hijo y con Pelayo. Yo, su nieta, espero que algún día tenga la posibilidad de hacerlo.